

Javier Aguirre Ortiz



Dos sonetos

Nada más triste que la primavera,
su verde corazón que suena y sigue,
la peligrosa luz que me persigue,
su silenciosa savia verdadera.

Está naciendo el día aunque no quiera,
y ya no tengo abrigo que me abrigue,
y su crujido en mi salud consigue
débiles brotes para que me muera.

Los colores se pagan en dolores,
duelen los ojos al mirar el río,
y cada vez son más crueles las flores.

Nada de lo que tengo ahora es mío,
se buscan los latidos desertores,
quizá con el verano venga el frío.



Me has dejado un regusto tan amargo
que aún presiento el sabor que me destinas;
hay una eternidad en cada esquina,
cada segundo puede ser muy largo.

Prolonguemos la luz, yo me hago cargo
de la revolución que se avecina,
y de la soledad de la cocina
que cocina en silencio, sin embargo.

Hay un acordeón de luz y luto
y una gotera interminablemente,
y un pensamiento que la lluvia dice.

Yo sé de lo infinito diminuto
que habla al oído silenciosamente,
para que el corazón se paralice.

Mercedes Martínez Bilbao

Dos poemas

Escucha. Vendrá el mar
hinchido que abrazará con sigilo tu garganta,
plántulas de melisa
crecerán a los pies de tus deseos
serán alfombra para tu gozo.
Escucha y calla.
Escucha la sombra del viento
arrastrándose por el asfalto
escalando el acantilado de tu desgracia.
Y calla. Calla con el silencio de los que aprenden
a aguardar la luz del cielo
el rayo que nació tiempo atrás
de la explosión intrusa
de un corazón azul.



Tras una palabra malherida
se esconde mi arma mortal
un signo que interroga con descaro
a un por qué anónimo
ajeno a la sabiduría de su ser.
De luz. De sombra. De odio albino.
Poesía que no muere.
Cuando se acabe el oxígeno
buceará en los mares abisales de la marginación,
cuando despierte la música
se maquillará con la dicha del futuro,
colgará de las ramas de mis pechos
se transformará en las pausas de mis salmos
saltará como rana en celo sobre el charco de mi indecisión.
Símbolos diseminados por el papel,
sinfonía de luz.
Poesía a secas.





A Emily Dickinson

¿Nadie soy! ¿Quién eres tú?
¿Tampoco eres nadie?
Entonces somos dos. ¡Calla!
Ellos nos asustan

E. Dickinson

Otra vez regreso al jardín, a la magnificencia del jardín. Irremediables son los días mientras me despido. Un adolescente me abraza cuando duermo. Descubro que algo existe en mí. En el aledaño escondite dibujaba sobre el agua su cuerpo. Nunca supe su nombre. En el estanque el sobreviviente nos provee de raros beneficios.. Emyli, realmente nadie soy. Con certeza no tendré nada que decir en otro tiempo, pero ahora estoy frente al jardincillo que impone la prehistoria. Un adolescente cruza por estos acantilados. Me asalta la duda. Estaba en el otro extremo mirando cómo se acumula la dádiva para el benefactor. El adolescente se despide y no hago nada por detenerlo, por cruzar esa línea que mis ojos imaginan. Deshacer la línea y llegar a él y ser él por un instante para ocupar su turno, para robarle la estupefacta imagen y ser otro en la imagen (en la secuencia de la imagen?) a la entrada del jardincillo donde ya no me reconocía.

(de Prosa de Juglar)

En el abrumador bosque lo que se salva es el tiempo

Y bebi un vino fuerte, como solo los audaces,
beben el placer

Kavafis



Tomo un poco de tilo para invadir los aciagos rostros. Dos hombres se confunden en la noche. Yo estoy cerca. Uno parece que va ensombrecido por esas callejuelas donde la gente mira al extraño. Bien decía Kavafis: La delicia y el perfume de mi vida / es el perfume de esas horas de mi vida / en que encontré y retuve el placer tal como lo deseaba. Ellos atravesaron el portón aquel donde la inocencia se evadía, la ceremonia me recordaba el verano de Patmos. Parece extraño suponer que ellos han quedado solos bajo ese falso techo que es la noche. Nadie se percata, tal parece, de ellos. Uno tiene una flor roja en su chaleco, el otro le toma de la mano. Yo no intento evadir el roce de los cuerpos (sus cuerpos?) cuando se adentran a ese bosque donde lo que se salvará es ese poema que debió titularse Los amantes porque ellos han quedado allí en el texto del poema (sobre el poema?), viendo en el poema a esa multitud, de modo diferente, sin sentir que en el pueblerino cielo no existe otra razón para ocultar el rostro, el dobles, el juicio. Nada me detuvo. Me liberé y fui / hacia placeres que estaban / tanto en la realidad como en mi ser/ a través de la noche, según Kavafisesas serían las palabras para dos hombres que no desean procurar el silencio, que no desean continuar de largo y cruzan el portón aquel donde otros adolescentes ya, cogidos por las manos, venían entre una multitud indiferente.

(de Prosa de Juglar)

Rafael Martínez

En la maleza

Amanece.

Bajo el trazado de las cumbres
la blancura de la niebla se desliza
abrazando la pendiente.

Una brisa de laudes y palomas nos alcanza.
La luz, sin preguntas, inicia su latido
y en los corazones tiembla y suena la llama
que propicia el despertar.

Nosotros enlazamos
los ojos que se buscan,
y con nuestras manos
y su enjambre de alas,
trotando como caballos el valle
recibimos el regalo de la nueva alborada.

Con cuatro mejillas en cruz
estrechamos el cerco
a los placeres del fuego,
a la dulzura del beso.

Enlazando palabras,
engalanando las luces y las sombras ,
descalzos en la maleza
recorremos en un sueño el laberinto.

Nosotros entre alaridos,
cruzando eternidades de la sombra.

